



Cantante, pintor, historiador, y gestor cultural, Castro dirige el museo más querido de los colombianos. GERARDO CHÁVEZ. ARCHIVO EL TIEMPO

Un timonel de perfil discreto

El director del Museo Nacional, Daniel Castro Benítez, ha logrado romper la repetida frase de que por culpa de la pandemia la gestión cultural se ha frenado. Una programación virtual atractiva reporta un buen nivel de audiencia agradecida.

MYRIAM BAUTISTA - PARA EL TIEMPO

En esta época de confinamientos, solo algunos funcionarios del área cultural han podido brillar con luz propia porque la mayoría de sus proyectos han tenido que posponerse o han sido cubiertos con los odiosos tapabocas tan indispensables para el cuidado personal, pero que invisibilizan sus obras.

No le ha pasado a Daniel Castro Benítez, que ha mojado prensa en estos meses en varias oportunidades ya fuera por sus buenas exposiciones o por la apertura del Museo Nacional el 1.º de agosto, que, sin embargo, tuvo que volver a cerrar, pero que está listo para la reapertura, ahora sí -esperamos-, en forma definitiva. En esos pocos días en que estuvo abierto llegaron a tener hasta un centenar de personas recorriendo sus salas.

Y es que como bien decía Marta Traba: "Los museos están en el principio del placer. No solo por lo que puede verse en ellos, sino por lo que se respira y se descansa".

Para Daniel Castro Benítez, los museos son instituciones que se deben a la sociedad. Por esa misión tan particular es que él ya lleva, con muy buenos resultados, más de tres décadas al frente de los tres más importantes de la ciudad.

Y aunque ni su nombre ni su figura sean muy mediáticos, para nadie es un secreto que es el artífice de esas buenas noticias que dan cuenta de muestras singulares en el Museo, las que ha coordinado, concebido, ideado con su grupo de colaboradores, por lo que están a la cabeza de la oferta cultural no solo para Bogotá, sino para todo el país y el mundo entero, a través de las redes. Algunas de esas muestras han sido:

"197 años del Museo. La historia del Museo y el Museo en la historia", que desde el 28 de julio se puede ver en YouTube Live.

"¿Qué hizo de 1819 un año significativo?", una serie de documentos que dan cuenta del hacer de distintos sectores como los artesanos, los indígenas y las mujeres, entre otros, y las voces de treinta personajes que hacen su relato sobre

esa fecha importante de nuestra historia. También en la red.

"El jaguar y la mariposa, Chibirique patrimonio natural y cultural de la humanidad", exposición inaugurada de manera virtual y que mediante 360 imágenes, sonidos y videos muestra el único parque nacional natural declarado patrimonio mixto: material y cultural a la vez, que se puede ver hasta el 30 de agosto. Unida a esta exposición se llevo a cabo la Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado 'Más allá de Chiribique'. Exploradores, saberes y transformaciones', durante los días 29, 30 y 31 de julio, con conferencias de especialistas. El seminario se hizo de manera virtual y concitó a otros expertos y a legos que disfrutaron de este banquete.

¿Cómo lo hace?

Este bogotano posee un sello de identidad indeleble que ha utilizado durante su actividad pública y privada, por lo que todo lo que ha hecho, así no haya sido publicitado, ha quedado no solo en su memoria sino en la de todas las personas que lo han acompañado, que han sido muchas. Siempre ha actuado y trabajado en grupos con los que sigue teniendo contacto porque establece vínculos indisolubles.

Nacido en el tradicional barrio Santa Bárbara, en las entrañas del centro de la ciudad, en un hogar donde su padre fue contador y su madre, una mujer con intereses repartidos entre la música, la literatura y el periodismo, los que cultivaba y compartía con sus tres hijos y su hija, media vida la ha vivido en este sector de la capital que conoce muy bien.

Daniel durante muchos años decidió emular a su madre y, ya en su edad adulta, seguir el ejemplo de su padre en lo que tiene que ver con balances, índices y demás asuntos contables a los que pocas bolas le había parado y con los que ahora tiene que verse cara a cara día de por medio.

En sus años de colegio prefirió los libros y las materias de ciencias sociales a las matemáticas o a los

deportes, que también se han vuelto en esta época importantes.

Sería leyendo en los recreos o en las horas libres como fue conformando un grupo de amigos con los que creó un periódico que bautizaron *El Alacrán*, para aguijonear a profesores, alumnos y personal administrativo de manera jocosa y haciendo gala de la más refinada ironía. Y, también, en esos años de juventud y gracias a su colegio, el San Viator, con su amigo Ospina crearon una agencia de publicidad que nombraron Caos (Castro y Ospina), que dio que hablar por sus osadas campañas.

Cantando y encantando

En su nuevo lugar de habitación, en el norte de Bogotá, en el barrio La Bella Suiza, hizo parte de un coro que tuvo gran importancia en su vida y en la de sus integrantes que eran los invitados de honor en las ocasiones especiales, y ahí le llegó la herencia de un amigo para dirigir una coral de jóvenes del Gimnasio Campestre y muchachas del Sagrado Corazón, por

unos cuatro años, lo que le permitió ejercitar su voz casi a diario.

A la hora de elegir carrera se fue por la música, pero por cosas del azar terminó estudiando Bellas Artes en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, después de haber pasado por sus facultades de Diseño y de Comunicación Social. Su talento de pintor afloró y expuso sus obras de manera individual y colectiva. Entró a trabajar al Museo de Arte Moderno, a su departamento de Educación y ahí conoció a la pintora y maestra Beatriz González, que ejerció, y ejerce, influencia orientadora. Colgó los pinceles. La enseñanza se hizo obsesión. "Esa experiencia me abrió un nuevo mundo, un escenario con grandes posibilidades. Entendí la importancia de los museos dinámicos. Que forman públicos activos". Ayudarle a la gente a entender las muestras, despertar entusiasmo entre los jóvenes por el arte, la historia y encaminar a los niños, mediante juegos, a querer los museos se volvió su necesidad vital.

Entre tanto estudió una maestría de historia en la Universidad Nacional y trabajó en Colcultura, donde hizo parte del grupo coral -no podía ser de otra forma-, que se presentó con la Sinfónica y en algunas funciones de ópera. Esa experiencia terminaría por devolverlo al canto y decidió irse a Europa.

Viena, la meca

Con treinta años llegó a la capital austriaca a hacerse cantante lírico y aunque le sobran condiciones, como se lo repitieron en más de una oportunidad, le dijeron, también, que ya era 'viejo' para hacer carrera en una profesión que se comienza en la más tierna infancia. Pero no se dejó derrotar. Se presentó a las audiciones para entrar al renombrado coro de Arnold Schönberg y fue aceptado. Viajó por muchas ciudades, grabó varios discos y se hizo un lugar en ese competitivo mundo del canto, a pesar de su edad. Pasados cinco años decidió devolverse a su ciudad natal y seguir en el área de la educación museográfica, que tantas satisfacciones le daba.



"El Museo Nacional debe intentar mitigar

tensiones, angustias, de tanta violencia, con mensajes que den cuenta de la creatividad de quienes nos han antecedido y de tantas y tantos jóvenes artistas".